

Enrique Molina

El quincuagésimo aniversario de la fundación de la Universidad Católica

I

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA VELADA CELEBRADA EN EL
TEATRO MUNICIPAL EL 6 DE AGOSTO

HE tenido el honor de ser invitado a hacer uso de la palabra en este solemne acto en que se congregan los más altos representantes de los poderes públicos, de la Iglesia y de la sociedad, y delegados de los institutos superiores del país y del extranjero a rendir un merecido homenaje en su cincuentenario a la Universidad Católica de Chile.

Agradezco tan alta distinción al Consejo Superior de esta Universidad y la acepto muy gustoso en nombre de la Universidad de Concepción, que me cabe la suerte de representar.

La Universidad de Concepción, en su carácter de Universidad particular, se siente como una especie de

hermana menor de la ya gloriosa Universidad Católica. Su ilustre Rector, don Carlos Casanueva, a cuyo nombre se encuentran indisolublemente ligados los progresos alcanzados durante los últimos años por el noble Instituto, cuyo cincuentenario celebramos hoy, ha sido siempre un leal y valioso amigo de la Universidad de Concepción. En nuestras tribunas nos ha sido dado admirar, más de una vez, la sabiduría e ilustración de algunos profesores del Instituto Metropolitano. En nuestras aulas hemos recibido alumnos egresados de esta Universidad que se han distinguido y han dejado un perdurable recuerdo por la dignidad de su conducta, la corrección de sus procedimientos, su sentido del deber y su amor al estudio, condiciones que hacían de ellos estudiantes modelos. La Universidad de Concepción tiene, pues, sobrados motivos para asociarse a estas festividades con entusiasmo y con la fuerza de un sentimiento espontáneo.

El concepto básico de universidad es el de un centro destinado a la formación superior de la juventud en sus múltiples y armónicos aspectos de la preparación profesional, del enriquecimiento del espíritu, de la edificación del carácter y del cultivo de los sentimientos y deberes de la ciudadanía. A estos fines concurren principalmente los cursos ordinarios, los seminarios y laboratorios de investigación científica, las buenas bibliotecas y cuantas oportunidades deben ofrecerse para llenar la inteligencia y el corazón de todo lo que diga relación con los más elevados intereses humanos desde

los problemas de la técnica, encarados en un ángulo científico, hasta las lucubraciones estéticas y las meditaciones de la filosofía y de la metafísica.

Estas han sido las condiciones características de las Universidades más o menos en todos los tiempos. En nuestra época extraordinariamente agitada y no poco desorientada urge resguardarlas como una sagrada herencia; urge, si es preciso, acentuarlas, no permitiendo que la Universidad bastardee su naturaleza pasando a ser otra cosa que un lugar destinado al estudio sereno, a la reflexión calma, y al mejoramiento y elevación de la condición humana por los medios que ofrece el espíritu. Es explicable que el alma romántica de la juventud se sienta tocada por los vientos de reforma que soplan en su hora estelar y que quiera responder con una actitud clara y generosa ante los problemas sociales y políticos que preocupan a la colectividad; es natural que esa alma recién abierta a la vida no quiera encerrarse en un aislamiento egoísta al frente de las sollicitaciones del dolor. Pero podemos pedir que las almas jóvenes en que pensamos, si son universitarias, consideren la responsabilidad que les incumbe por ser partícipes de la más alta educación y estar preparándose para formar parte de la élite de la sociedad, florecimiento y selección necesaria en toda verdadera democracia. Así las algaradas y pasiones de la calle no deben penetrar a las universidades como corrientes orientadoras, sino como objeto de estudio, como materia sometida a valoración dentro de una ac-

titud filosófica y científica ante la vida. La consideración de esos fenómenos a la luz de las leyes de la psicología, de la sociología, de la evolución social, del derecho y de la ética no dejará de indicar los límites inevitables, y los mejores senderos que la razón y la experiencias señalan a la acción humana, dando a conocer así cuales pueden ser los medios realmente eficaces para curar males y aliviar desgracias.

Siempre he soñado para mi patria —y quién no habrá hecho otro tanto—, con el destino afortunado de que en todo momento pudiera realizar su evolución progresiva sin caer en regímenes de fuerza, ahogadores de la libertad creadora, ni ser víctimas de revoluciones y guerras civiles, que hacen huir el amor y someten el alma a las sombrías inspiraciones de la suspicacia, del temor y del odio, suerte infeliz que ha sido por desgracia algo frecuente en otros países del continente hispanoamericano. Permitidme un recuerdo que deja ver como mis consideraciones susceptibles de ser encaminadas a proyecciones actuales carecen, sin embargo, de un origen actual. Desde hace más de treinta años, desde fines del siglo pasado, contraponía en mis clases de historia contemporánea el sino atormentado de algunos países del continente europeo en el siglo XIX al tranquilo de Inglaterra en la misma época. Mientras esos países, debatiéndose en revoluciones interminables, habían logrado llegar a fines del siglo a un estado político realmente precario, Inglaterra, sin revolución alguna, por el efecto sólo de las más ejemplares

luchas cívicas, pasaba a ser de una autocracia aristocrática una democracia casi perfecta, como se muestra a la entrada de la presente centuria. La enseñanza que de este paralelo se desprende es luminosa e incontrovertible. Cabrá decir que Inglaterra —y agreguemos Estados Unidos de Norteamérica— son modelos demasiado grandes para nosotros. Pero ahí están los pequeños países del septentrión de Europa: Holanda, Dinamarca, Suecia, Noruega. ¡Qué maravilloso desarrollo han alcanzado sin agrios odios de clase, sin revoluciones y, menos aún, sin guerras civiles! No han faltado en ellos por supuesto, como no faltan tampoco entre nosotros, las leyes sociales adecuadas; pero hay en el fondo de la existencia humana superior de esos pueblos que viven felices sin hacer ruido en el escenario histórico, un rico sedimento moral: la estimación del trabajo en sí mismo, espíritu de cooperación, afán de economía y un vivo sentimiento de la responsabilidad individual. Cada cual es allá una personalidad sin esperar la fortuna ni de los gobiernos ni de los azares del éxito político. Tales paradigmas me parecen dignos de admiración y de imitación.

En la conquista del progreso esos pueblos han procedido como el ingeniero que en la construcción de un ferrocarril comienza por preparar el terreno y colocar los rieles sobre sólidos durmientes antes de lanzar la locomotora devoradora de distancias. Porque sabe que de otra manera ésta irá a estrellarse en despeñaderos espantosos.

¡Qué hermoso papel corresponde a las universidades en la formación de una conciencia social, o, por lo menos, de sectores de opinión ilustrada y ponderada, con aptitud para dirigir sin zozobras los destinos de la colectividad!

La Universidad de Concepción no se ha levantado sobre una base de principios fundamentales. Justiprecia, sí, la tradición como un soto seguro, cuya raigambre arranca de los senos de la historia y penetra en la entraña humana y sin cuyo reparo no se puede avanzar en demanda de un mejor porvenir. Confía a la vez en las fuerzas creadoras del alma humana que la hacen capaz de descubrimientos, de ideas nuevas y de perfeccionar la vida. «Por el desarrollo libre del espíritu» es su lema. La libertad ahí implícita no es entendida como la posibilidad de seguir las sugerencias del capricho o de caer en la licencia, sino como el gozar de la facultad de poder hacer lo que se debe hacer. Es la libertad del espíritu investigador y la de la voluntad capaz de optar en los caminos de la existencia bajo el signo de serias responsabilidades.

Si es perfectamente natural que la Universidad Católica no acepte en toda su extensión este género de libertad, ha probado, en cambio, ser por su índole favorable a la existencia de un ambiente sereno de estudio y a la formación de la personalidad moral. Las enseñanzas del Divino Maestro de Nazareth, que presiden su vida y orientan sus ideales, ponen un suave óleo en la a veces amarga levadura social e infunden

en el alma una segura disciplina interior. Estas y el reconocimiento de justas jerarquías hacen de la Universidad Católica un elemento valioso para el mantenimiento de la armonía social y la prosecución del progreso dentro del orden.

La Universidad Católica tiene, como amplio cimiento de su fábrica espiritual, certidumbres sobre lo eterno y lo infinito, mientras que la Universidad de Concepción deja para los problemas trascendentales como si dijéramos el piso superior de su contextura orgánica, campo abierto a la búsqueda inquieta de los hombres, tal vez a sus discrepancias y discusiones. En esa región, la virtud suprema dentro del intercambio humano es la tolerancia. No digo la persecución, toda falta de respeto a un credo religioso sano, es falta de respeto a la personalidad humana misma y constituye un grave error filosófico y sociológico. Los altares pueden ser distintos, pero todos los fuegos puros convergen al cielo y son capaces de encender el amor entre los hombres. Cabría hacer rendir también a estas cosas trascendentales un sentido de belleza. Las diferentes concepciones de la divinidad y de los problemas anexos serían así como otras tantas sinfonías de diversos autores sobre el gran tema de la creación.

Pero todos sabemos cuán considerable es, además, la obra de la Universidad Católica en el orden científico, profesional, artístico y técnico. En el orden social persigue la realización de la justicia y practica la bondad y la caridad, iluminada por el amor a su Dios

y por los principios de solidaridad y cooperación, que son las normas y virtudes máximas que en este terreno pueden orientar a todos los hombres de buena voluntad.

Termino este mensaje de adhesión que significan mis palabras, declarando que la Universidad de Concepción hace votos por los continuos progresos de su ilustre hermana mayor y cree que juntas pueden contribuir, al lado de las instituciones similares del Estado, al bienestar y sólido desenvolvimiento de la patria y a enriquecer con los frutos del espíritu la cultura del país, de la América y del mundo.

II

PALABRAS CON QUE FUÉ ENTREGADA UNA ESTATUA DE JUANA DE ARCO

Señor Rector:

Me es grato ser portador del mensaje con que la Universidad de Concepción se asocia, muy cordialmente, a la celebración del quincuagésimo aniversario de la Universidad Católica de Chile que con tanto acierto, abnegación apostólica y habilidad habéis venido dirigiendo desde hace más de quince años.

Justo es el regocijo con que profesores, alumnos, ex alumnos y admiradores de esta Universidad se congregan bajo el alero de su alma mater en esta ocasión. Cada uno de sus años de vida ha significado la

conquista de nuevos prestigios en su fecunda obra de cultura espiritual.

Me complazco también en haceros entrega, en esta oportunidad, de una reproducción de la Juana de Arco, obra del genial cincel de Chaput, con que la Universidad que tengo el honor de representar ha querido dejar un testimonio duradero de su adhesión.

Hemos creído que la Doncella de Orleans, gloria de la Francia y de la cristiandad, sería un huésped bienvenido en esta casa. Estoy seguro igualmente, señor Rector, de que esta hermosa niña se encontrará en ella como en hogar propio. A la edad en que las jóvenes empiezan a sentirse embriagadas por los tirsos y por los mirtos de la primavera y a soñar con realizar en sangre y leche su destino de mujer, ofrendó su vida, pura como una flor de acero, dulce como el jugo de los sarmientos de su tierra, en aras de su patria y de las visiones de su fe. Fué milagro de pureza y de sacrificio puestos al servicio de la colectividad.

Así esta piedra blanca es símbolo de santidad y de heroísmo hecho obra de belleza por la inspirada mano del artista; y será lámpara pía de aceite inextinguible para mantener el culto de estas virtudes. El ambiente, además, en que se encuentra colocada alimentará la lámpara. En efecto: la disciplina que conduce al heroísmo, la pureza que lleva a la santidad, la belleza y además la ciencia son las estrellas orientadoras de las actividades de esta noble casa de estudios.

La Universidad de Concepción celebra la oportunidad que se le ha ofrecido de cumplir para con la Universidad Católica de Chile un deber de confraternidad y desea que sólidos y no interrumpidos adelantos en el porvenir vayan señalando el paso de los nuevos años de este Instituto, para florecimiento de los valores del espíritu en el país y fuera de él.